

liza y principia la más espantosa de las pugnas, la más grande de las hecatombes que puedan registrar durante siglos los anales de la historia americana.

A las 8 p. m. ya estaban arrollados en gran parte, y nuestra línea de batalla en forma de herradura, los iba estrechando paulatinamente.

Al día siguiente apareció nuestra artillería al frente del enemigo, á la izquierda del boquerón de Girón, por el lado de la cordillera en dirección á Palonegro, avanzando, apoyada por el *Granaderos*, como media legua, hasta colocarse frente á las casas de aquel nombre.

La artillería enemiga estaba colocada, parte sobre el *Tirabuzón*, dominando nuestras posiciones de Río de Oro, parte en las casas fortificadas de *Palonegro*, y parte en el extremo de un cafetal, sobre el camino de *Palonegro* á Lebrija.

La actitud de nuestras fuerzas y el violento ataque que les dieron á las contrarias, obligaron á Uribe, quizás cuando menos lo pensaba, á presentar formal combate, el que durante el sábado fue reñidísimo en toda la línea,

hasta obligarlo á dejar varias casas de la altura y á bajar á las de *San Pablo*, sobre el camino de Girón á Lebrija.

Aquí fueron de ver el valor arrojado de Donsdebés, la intrepidez ardiente de Arango y de Medina, la invencible tenacidad de Castro Uricoechea, el indomable brío de Juan Francisco Posada, y, dominando á todos, la calma estoica, la fria serenidad de Pinzón, acudiendo á todas partes, recorriendo la línea de batalla, reforzando posiciones débiles ó mal guarnecidas, y llevando á todos los espíritus la fe en el triunfo y el entusiasmo ardiente que lo inspiraba en aquellos solemnísimos momentos.

Amaneció el domingo: las ventajas adquiridas por nuestras fuerzas despertaban la confianza del soldado: recia había sido la pugna, pero ya el sol de esa mañana parecía traernos relámpagos de triunfo; los Oficiales, cansados pero enérgicos, se contaban al calor del vivac, sus impresiones de combate; los Jefes recorrían el campo, dictaban órdenes y reforzaban los puntos más débiles de nuestra línea; á las 10 a. m. se dio una carga por el flanco iz-

quierdo con éxito completo ; más abajo, Arango y Manuel Medina se habían apoderado de Lebrija ; un esfuerzo más y la victoria sería completa.

Pero á las 5 p. m. un acontecimiento imprevisto, ó por lo menos no esperado, cambió por completo la faz de la batalla ; negros, más que por los soles caniculares de sus tierras, por los asfixiantes bochornos de sus conciencias, los foragidos venezolanos y los furiosos ocañeros, avanzan en abrumador número, machete en mano, sobre nuestras posiciones del flanco derecho ; los méstros los dejan avanzar, listo el fasil y montados los cañones ; hay un momento de silencio majestuoso ; los pechos de méstros bravos palpitan de emoción ; los Jefes se miran para animarse ; los Oficiales alientan á sus tropas, y en tanto el ángel de la muerte bate sus alas negras sobre aquellas legiones y sonríe al pensar en la hecatombe.

Un cohete se alza en el espacio : era la señal ; á su estallido, aquellos hombres, aquellas furias, divisados con gorros amarillos, se abalanzan, blandiendo en el aire sus machetes y diciendo blasfemias horribles ; apunten

.....; fuego! gritan nuestros Jefes, y un pavoroso estruendo se dilata en los aires, y disipado el humo, centenas de cadáveres se vieron en el campo; pero ¿quién contiene al chacal cuando á sus negras fauces acaricia el olor de la sangre? y ¿quién podía contener á esos negros, hijos de las cárceles y calabozos venezolanos, en su furia destructora? Fue imposible; como hidras fatales, perdían una cabeza y ciento les nacían, y sus afilados machetes, rojos de sangre, partían cráneos, volaban miembros, cortaban los fusiles, ó se hundían en el pecho del noble defensor de nuestra idea.

¡Firmes! grita Alvarado, el gallardo Jefe del *Cundinamarca*, y es la última palabra que pronuncia; ¡á la bayoneta! dice de la Hortúa, el joven veterano, segundo del *Bolívar*, y es herido y ultimado bárbaramente por aquellos sanguinarios; Urdaneta, el valeroso Jefe de la *Artillería*, intenta una carga, y queda fuera de combate; y entouces nuestros soldados, sin Jefes, casi sin Oficiales, se repliegan, pero dejando diezmado al contendor, sin entregarle una arma, ni rendirle

una espada, ni dejarle tomar una bandera.

.....

Grave había sido el rechazo, pero para hombres como Pinzón esos casos son apenas incidentes en las batallas; sereno y estoico, dicta desde el Cuartel general todas las órdenes que cree necesarias para remediar lo sucedido; providencialmente llega en ese momento (á las 7½ p. m.) la División del indomable hijo del Oriente General Emilio Ruiz y la del modesto cuanto arrojado antioqueño General Luis María Gómez; inmediatamente las hace colocar en determinadas posiciones, de manera que al amanecer no pudiera el enemigo hacer uso de su victoria; y así sucedió: las 5 de la mañana serían del nuevo día, cuando él y su Estado Mayor estaban á caballo. Hace llamar entonces al más caballero de los hombres y más hidalgo de los militares; á ese caudillo que con tanto honor ha sabido llevar el peso de su apellido; al heroico descendiente del más grande de nuestros campeones, á Enrique Arboleda, á quien dice estas palabras: "Mi General: el enemigo ha permanecido mucho tiempo en nues-

tras posiciones; vamos á sacarlo de ellas nosotros mismos"; y aquellos dos hombres, aquellos dos héroes, sedan estrecho abrazo en presencia de la tropa euforizada, y se lanzan en persona al frente de la misma.

El enemigo, que quizás había soñado esa noche con el triunfo definitivo, se miró lleno de pasmo al ver cómo se le cargaba á renglón seguido de un rechazo; cuando pensó que nuestro Ejército despertaría loco de pánico, se encontró con que lo acosaba y lo hacía replegar á sus antiguas posiciones; ya el machete del venezolano no hizo mella en nuestras filas; las balas que por millares lanzaban sobre nuestros Cuerpos, diezmaban pero enardecían. ¡ Adelante! ¡ adelante! gritaba Pinzón: "un esfuerzo más, mis valientes, que ya sólo Dios puede arrancarnos la victoria"; y las balas chispeaban á su redor y levantaban polvo del suelo que pisaba su coreel.

Cedieron los primeros enemigos, y el éxito de aquel empuje apareció: el rechazo de la víspera estaba vengado; la fe había del campamento enemigo para buscar nido en el pecho de nues-

tros soldados, y el grito de la impotencia se escapó de los labios del contrario.

Dos banderas (una roja y blanca), sesenta y tres prisioneros, armas, municiones y bagajes, fueron el trofeo de aquella hazaña, después de la cual Pinzón volvió á su Cuartel general, con su misma modestia, su misma calma, su misma jovialidad; sólo se notó su frente algo inclinada: era que le agobiaba el peso de los laureles.

En ese día se quitaron al enemigo grandes posiciones por el centro, de tal manera que quedó por nosotros todo el camino del alto de Girón á Lebrija, y del camino hacia *Palonegro* avanzaron nuestras fuerzas hasta los primeros cafetales que se extienden en la meseta de la cordillera, operación debida, en gran parte, á la bravura y habilidad de nuestros artilleros, y, sobre todo, á la del indomable *Politécnico*.

El martes fue uno de los días más sangrientos y en que la lucha fue más espantosa: había necesidad de tomar los cafetales y cacaoales, desde donde nos hacían un fuego desesperante por lo certero; de las Divisiones

de refuerzo que entraron en combate, la de González Valencia, el viejo guerrreador del conservatismo, entró por el flanco derecho á obrar sobre las casas de *Palonegro*, baluarte inexpugnable del Ejército liberal; á la media hora ya nos mandaba cuarenta y seis prisioneros, una bandera y un acopio notable de armas y municiones; los prisioneros fueron cogidos en las casas de paja contiguas á las de teja ya mentadas; en esa carga sucumbieron, entre otros, los bravos Coronales Julio Martín Restrepo y Domingo Puentes, al asaltar ambos las trincheras enemigas.

En tanto, por el flanco izquierdo obraba la División del valeroso General Upegui, quien, al tomar un cafetal desde donde parte de la artillería enemiga nos cañoneaba, cayó como héroe, gravemente herido. El cafetal fue tomado, apagados los fuegos de la artillería; pero, ; cuánta sangre noble fue allí derriamada! Jiménez López, el bravo y modesto Jefe del *Holguín*, cayó atravesado el pecho de un balazo; Juan Hipólito Alvarado y Alberto Toscano Canal, niños héroes, rindieron sus vidas, admirando

con su valor y arrojo; Daniel Ortiz recibe dos balazos y sigue peleando como un león; Juan N. Lozano é Ismael Mejía mueren al tomar una bandera; Villavoces y De Francisco quedan fuera de combate, y sin embargo hay que sujetarlos para impedirles se lancen nuevamente al campamento; Rafael Galvis, el entusiasta y noble defensor de nuestra bandera, á pesar de tener perdida una pierna naturalmente, entra con arrojo, y una bala le hace astillas la pierna ya inválida; el General Angel Córdoba, prestigiosísimo hijo del Cauca, acomete con empuje incontenible, y una bala le surca la mejilla; Luis Triana, niño como Toscano y Alvarado, muere al pie de su padre, Jefe del Canal; Piamba, Elvira y Jordán, Coronales aguerridos y pertinaces en la lucha, caen también, cuando desnudas las espadas y con el brío que da la convicción, empujan á la cabeza de sus valientes legionarios, y además de éstos, que por el momento recuerdo, decenas y aun centenas de nuestros bravos jóvenes, orgullo de una generación, rindieron sus vidas en las oscuras ma-

lezas de donde hacían huir al enemigo, sin exhalar una queja, sin lanzar un gemido y expirando satisfechos al saber que la victoria coronaba nuestros esfuerzos.

Oh! La lista de los valientes Jefes y Oficiales que derramaron su sangre en *Palonegro* en defensa de la Legitimidad, es tan larga como triste; imposible que ya pueda escribirse: imposible que ella sea completa; de muchos muertos sólo los árboles de los bosques serán custodios de sus tumbas, cavadas con premura á sus raíces, y de muchos también blanquearán los desnudos esqueletos sobre la tierra abrupta de ese campo, sin más fosa que el espacio, ni otro manto funerario que las nieblas matinales.

El miércoles ya el enemigo estaba reducido á las casas de *Palonegro* y á un pequeño bosque por el lado del camino de Lebrija; no le quedaba más salida que la vía para Rionegro, y entonces fue cuando García Herreros, ese joven General, vástago de una familia heroica nacida para morir en los campos de batalla, se descolgó por el camino de Girón y tomando la orilla izquierda del río, bajó con su División hasta ocu-

par las casas del pie del *Tirabuzón*, que nosotros habíamos abandonado para reforzar un punto más importante; con 22 cañonazos enemigos fue saludado el que dirigía esta operación, llevada á efecto sin novedad alguna.

El sábado fue efectuada por el General Gabino Hernández, cuyo solo nombre es el panegírico de sus glorias, secundado por Manuel José Santos, otro gallardo Jefe de nuestra causa, conocido por su excepcional valentía, la toma del cerro de *San Ignacio*, operación atrevida y audaz, que dio por resultado la intercepción del enemigo, pues desde el tope de esta altura quedaba dominado por nuestras fuerzas el camino para *Kionegro*. En esta operación también tomó parte con su División el General Emilio Ruiz, quien desplegó sus fuerzas por *Suratá* hasta *Los Colorados*.

Del sábado al lunes no hubo incidente alguno grave, sólo que desde este día se suspendieron los fuegos de nuestra parte, por haberse concluido totalmente el parque, de tal manera que sólo quedaban 30 cápsulas por soldado, sin haber una caja

de reserva. Terrible fue esta situación para el General Pinzón, quien la había previsto de tiempo atrás, por lo que fue llevado á *Palonegro* todo el parque que existía en San Gil, el Socorro y Charalá, en lo cual, como en todo, Peña Solano ayudó eficazísimamente.

Si los liberales se advierten de nuestra situación angustiosa en esos días y dan dos ó tres cargas simultáneas por los flancos, sólo Dios sabe lo que hubiera sucedido; pero fue entonces cuando Pinzón desplegó más actividad y puso en juego su talento militar. Para impedir que el enemigo comprendiera aquel percance, comenzó á simular ataques, á efectuar movimientos falsos, á movilizar Batallones en diversas direcciones, desconcertándolo de tal manera, que lo obligó á mantenerse á la defensiva hasta el miércoles, día en que llegó el cuantioso parque, enviado de esta ciudad con admirable rapidez por el Sr. General Franco, Gobernador del Departamento, y conducido á marchas forzadísimas por el patriota Coronel José Ramón Peña. El día anterior llegaron al campamento las vetera-

mas Divisiones de los Generales Díaz y Estrada, escogidas por Dios para dar el golpe decisivo.

El jueves me separé yo en comisión, y cuando esto sucedió había en nuestro poder 603 prisioneros; 722 armas, la mayor parte Manglingber y Máusser; 11 banderas y 4 cornetas.

En Oiba supe el desenlace de esta gran jornada, desenlace natural y lógico, dada la calidad de nuestros soldados, el demiedo de nuestros Oficiales, la convicción profunda de nuestros Jefes y el genio militar del Generalísimo.

—

Estos fueron, á mi modo de ver los principales incidentes de la batalla: ahora, lo que fue la batalla misma, que venga el autor de *Venezuela Heroica* á describirla: yo no puedo pintar aquel drama espantoso, aquella tragedia sangrienta, en la cual 28,000 hombres, 28,000 locos, poseídos por el ansia de victoria, exhibieron durante diez y siete días todo el valor, todo el heroísmo que cabe en el pecho de un colombiano; yo no puedo pintar aquel vasto escenario, inmensa hoguera donde en legua y media

se andaba materialmente bajo nubes de balas y metralla, con el oído sordo por el fragor del fusil y del cañón y la vista aterrada por las escenas sangrientas de la hecatombe.

El espíritu sentía allí los gemidos del patriotismo, los lamentos de la República, al ver cómo sus hijos extraviados conducían á sus hermanos al sacrificio; el alma gritaba llena de angustia al contemplar doquiera esas charcas de sangre humeante que mojaban el césped y el camino y teñían de rojo el pie de los guerreros y el casco de los corceles; y esos hacinamientos de cadáveres insepultos, y esos pedazos de cuerpos humanos que salpicaban el horrible campo, y esos miles de heridos arrastrándose por los suelos, mientras que más lejos brillaban, como centellas sobre la cabeza de los guerreros, los afilados machetes, ó relampagueaban en el aire con el rojizo color de la sangre que ya los empapaba; y dominando la escena, ese coro de gritos y lamentos, de imprecaciones y blasfemias, de maldiciones y preces, de recuerdos moribundos y esperanzas desvanecidas. ¡Oh! ¡Cuánto enes-

ta en mi Patria el laurel de una victoria!

Por las noches, la lucha tomaba distintos caracteres; el campamento se incendiaba, y miríadas de luces se extendían por toda la línea de batalla; el grito del centinela avanzado se ahogaba entre el fragor de la fusilería y los contendores, luchando cuerpo á cuerpo, ó sentían en su cráneo el filo del machete, ó en su pecho la acerada punta de la bayoneta; cargas por un flanco, cargas por otro, cargas por el centro, dejando siempre un reguero de heridos y de muertos, de huérfanos y viudas, de lágrimas y sollozos. ¡Qué festín para la muerte! ¡Qué sacrificios á Beldona ...!

La toma de las casas fortificadas de *Palonegro* dio fin á la jornada; y dicen los que allí estuvieron, que al pisar nuestras fuerzas los baluartes, un formidable ruido se extendió por todo el campamento: era el liberalismo que se hundía; era el añoso roble que se desgajaba en la montaña; era el ídolo falso que se desplomaba al abismo, dejando abandonados sus templos y sus aras, sus sacerdotes y sus víctimas.

Porque yo no considero á *Palonegro* como un incidente de la guerra ó como un triunfo sin trascendencia; *Palonegro* fue el último y supremo esfuerzo de un partido para conservar su nombre; fue la última ondulación de una bandera cuya asta carcomida no supo resistir el empuje de un viento poderoso; fue la última convulsión de un gigante moribundo.

El partido liberal perdió allí su derecho de existir en Colombia; jamás pudo concentrar mayor número de elementos para derrocar nuestro Gobierno; sus ejércitos mejor armados que los nuestros; su artillería poderosa; sus soldados y Oficiales valerosos; sus Jefes audaces, atrevidos y veteranos, y dos naciones intrusas, hartándolo de elementos, sólo le sirvieron para solemnizar su caída, para hacer más ostentoso su sepelio.

Por eso, mañana nuestros hijos hablarán del partido liberal como hablamos hoy de aquellas viejas ciudades de otros tiempos convertidas en ruinas y en escombros; del partido liberal quedará mañana el recuerdo que hoy de Nínive la soberbia, de Muslín

la fanática y de Jerusalén la estulta; su nombre será una palabra; sus hombres una ruina; su historia un ejemplo, y su caída la apoteosis de nuestra causa, el Sinaí de nuestra idea....

Tunja, Junio: 1800.

